



BIBLIOTECA PÚBLICA MAC

Le National y unca cauce  
10 boulevard Magenta 10

Núm. 392.

Mahón, jueves 29 Abril 1915

# EL PORVEJIR DEL OBRERO

## POR LA PAZ

Las desgracias que ocasiona la guerra son tan grandes, tanto en los campos de batalla como en la riqueza de las naciones, que un movimiento de opinión incontrastable se producirá en todos los países y en todas las clases sociales, exigiendo la seguridad de una paz definitiva, que no pueda verse perturbada por la ambición de los reyes, ni por la codicia de los capitalistas.

Al asombro terrorífico que al declararse la guerra se apoderó de muchos y a la ansiedad que todavía nos hace sufrir, seguirá una explosión de la voluntad de todos los hombres honrados contra la guerra y contra las causas de las guerras; de tal manera que su preparación y provocación sea en lo porvenir imposible para siempre.

No se tolerarán los armamentos brutales que, después de arruinar a las naciones, dan pábulo a sueños ambiciosos, ocasionando, mejor dicho, haciendo necesaria la catástrofe.

No se creará ya más en el *si vis pacem para bellum*, porque todos hemos visto que el preparar la guerra sólo conduce a hacerla inevitable.

Tampoco se considerarán inocentes las grandes fábricas de armas ni los arsenales inmensos de materiales mortíferos.

Ni se tendrá por sincero el caluroso patriotismo de los aspirantes a proveedores de los ejércitos.

¿Pero a quién volverá el mundo los ojos para encargarle la realización del ideal de paz y de bienestar por medio del trabajo?

No a los reyes, seguramente, que todas las monarquías tienen sus orígenes en la violencia y su historia es la historia de los crímenes más horrendos.

No a las religiones, todavía más sanguinarias que las monarquías. Las religiones predicán la paz, pero los sacerdotes incitan a la guerra y bendicen las banderas y ungen a los reyes y a su dios le llaman también el dios de los ejércitos. Precisamente las guerras más enconadas y feroces han sido las guerras religiosas; y las atrocidades cometidas por los alemanes en Bélgica tienen su precedente histórico en las hazañas de las hordas clericales carlistas.

Tampoco puede esperarse la paz de los diplomáticos, que no sirven a los pueblos, sino a los príncipes; ni de los capitalistas, cuyos enconados intereses fomentan y promueven las discordias, en vez de apaciguarlas.

La paz sólo pueden esperarla los pueblos de su propia acción, en contra de todos los poderes tradicionales y de todos los egoísmos de las clases privilegiadas.

Solamente los trabajadores tienen intereses armonizables por encima de las fronteras.

Los trabajadores que sufren, sin ninguna compensación, las penalidades de las guerras y sus consecuencias, son precisamente los que en ningún caso pueden esperar que las guerras beneficien sus intereses ni mejoren sus condiciones de vida.

Por lo tanto solamente ellos pueden constituir una fuerza que sincera y eficazmente procure desvanecer los peligros de desavenencias armadas, fomentando, por el contrario, las relaciones de amistad y compañerismo entre los trabajadores de todas las lenguas, de todos los climas.

El patriotismo de las clases directoras, fomentando las rivalidades, sólo ha producido desgracias. El patriotismo de los trabajadores, patriotismo sin fronteras, patriotismo sin ejércitos y sin aduanas, producirá el bienestar por medio del trabajo, producirá la paz.

Si las organizaciones obreras hubiesen sido bastante poderosas y hubiese habido entre ellas una mayor inteligencia internacional, la guerra no hubiera sido posible.

Por lo tanto, este es el camino: procurar que las organizaciones obreras sean fuertes por su número y por su espíritu de solidaridad internacional.

Los socialistas, sindicalistas y anarquistas, desprevenidos y separados por viejas rencillas, no han tenido manera eficaz de proclamar la huelga general en toda Europa en el momento de ser declarada la guerra. Pero con mejor inteligencia entre los diferentes grupos y entre las diversas naciones, la huelga general simultánea podrá hacer las guerras imposibles en lo futuro.

No es prudente dejar que las que hasta hoy han sido clases directoras continúen jugando a su capricho con los intereses más sagrados, con la vida de millones de hombres y con la riqueza de las naciones.

Ni los reyes, ni los sacerdotes, ni los diplomáticos, ni los capitalistas, ninguno de los culpables de los pasados horrores ha de conservar su influencia para el porvenir. La opinión del mundo entero les condena.

Estamos en los principios de la guerra. Mueren cada día muchos millares de hombres. Se gastan muchos millones de pesetas. Las naciones se sangran y se empobrecen rápidamente. Los habitantes pacíficos padecen las consecuencias de la miseria, que se hace mayor cada día, que llegará a ser intolerable. En los países neutrales se sufre como en los beligerantes. Un clamor creciente se alza en todas partes contra los culpables de la guerra.

Por muy altos que se consideren los emperadores, rodeados todavía de formidables ejércitos, la voz acusadora de todo el género humano llegará hasta ellos y les derribará de sus tronos.

Ese Guillermo II, jefe de una aristocracia militar que pensó dominar el mundo por la fuerza y por el engaño, ya habrá visto como el engaño se desvaneció y pronto verá sus ejércitos en derrota. Entonces, sobre el poder odioso del imperio, que sólo fué útil para el mal, se levantará el poder de los pueblos concertados, libremente inteligenciados, que asegurará la paz futura.

Que caiga ese imperio y que no se levanten más imperios. Que caigan las religiones y los grandes negocios del capitalismo. Que se levante sólo el pueblo, inspirado en las grandes ideas de los propagadores de la revolución social.

Muy a lo lejos veíamos el ensueño de la aurora revolucionaria; muy poderosos sus enemigos. Pero el gran crimen de la guerra ha venido a cambiar las cosas radicalmente.

Los enemigos de la emancipación popular se han envilecido y debilitado. Al terminar la guerra ¿qué quedará de ellos?

En cambio los pueblos han aprendido mucho. Ya no será posible engañarles de nuevo. Ya saben para qué sirven los grandes imperios y los formidables ejércitos. Ya conocen las consecuencias del poder de los príncipes y de los capitalistas.

Han aprendido los pueblos que sólo en sí mismos pueden confiar, en su voluntad decidida y en su organización internacional.

Entendámonos por encima de las fronteras y sobre las ruinas de los grandes imperios estableceremos la organización social nueva, fundamentada en la libertad y en la solidaridad.

Es el único camino para llegar a la paz, que ha venido a ser la aspiración suprema de todos los hombres honrados.

J. C. M.

## Europa después de la guerra

Bajo este título ha publicado la notable revista madrileña «La Lectura» un interesante artículo de G. Macaulay Trevelyan, economista inglés que no vaciló en expresar sus ideas pacifistas aun después de la violación de la neutralidad de Bélgica por los alemanes.

Aunque no estamos conformes con muchas de las ideas que contienen los siguientes párrafos, que forman parte del citado artículo, hemos querido copiarlos, porque se prestan a muchas reflexiones. Léanlos con atención nuestros amigos:

«Para determinar un nuevo estado de ánimo en los pueblos europeos, con relación a la guerra y a los armamentos, pueden bastar los sufrimientos y las ruinas gigantescas de la guerra actual.

«Ocurrirá en parte este cambio por un movimiento internacional de la clase obrera. Pero para que triunfe necesita alcanzar también a las clases medias. Los trabajadores, por sí solos, no tienen suficiente cultura, eficacia, riqueza, experiencia política, para convertirse en amos y someter a su arbitrio a toda una nación más que en el continente australiano, donde las condiciones de vida son muy diferentes de las nuestras. Pero si la clase obrera todavía no puede gobernar un país, puede tenerlo pendiente de sí con la amenaza de la huelga. Si el obrero, después de esta guerra, se aplica fieramente a la destrucción de la guerra y de los armamentos, su actitud será una formidable amenaza contra cualquier gobierno militarista. Pero si una gran parte de la clase media no está igualmente resuelta a poner diques al militarismo y a los armamentos, creo que antes se llegará al caos que a una Europa reorganizada y pacífica.

«Si en el colapso económico que seguirá a la guerra, las clases sociales se mantienen una frente a otra y los armamentos continúan devorando los ingresos de los Estados y deteniendo todas las reformas civiles y sociales, mientras los trabajadores protestan y se sublevan salvajemente, Europa estará amenazada de una miseria tan grande que todo irá a parar en una vasta emigración hacia América, aumentando de este modo la despoblación comenzada por la guerra. Donde los nacimientos son pocos o decrecientes, esta despoblación podrá llegar a ser irremediable. Tras la guerra civil, en América, hubo una gran inmigración; suerte será si a nuestra guerra europea no le sigue una gran emigración, único refugio que le queda al trabajador cuando se niega a reconocer una situación nacional a la cual no puede poner remedio. Tendremos la ruina si no somos capaces de alcanzar el desarme. Una cosa u otra.

«El pueblo alemán ha aprendido de sus maestros y profesores oficiales a considerar la guerra como un incidente normal de la vida nacional y como el camino natural y justo para aumentar la grandeza de un Estado. Y ha aprendido a considerar el bienestar del pueblo como nada ante la grandeza del Estado. Este error lo padecen también, aunque en menor grado, los habitantes de otros países europeos; más los alemanes que los franceses e ingleses. Esta mentalidad tendrá que ser transformada fundamentalmente. Nada podrá mudarla si no son las miserias colosales y las pérdidas de la guerra. Si al acabarse la guerra los supervivientes son pocos y están abrumados por la miseria, podrán sentirse en oposición contra la guerra y contra el sistema de alianzas y armamentos que nos ha llevado a ella. Bajo la aplastante carga de deudas de guerra que no se podrán pagar, comprenderán que la repetición de la competencia de armamentos puede significar la ruina definitiva. Podrá originarse un cambio intelectual y moral en el modo de considerar la guerra.

«Esta, en parte, es la razón por la cual no me siento impaciente de ver una paz presurosamente concertada a base del *statu quo*. Para mejorar hay que empeorar primero. Europa tiene que sufrir mucho para aprender el valor de la paz. Consentir ahora en suspender la lucha, sólo para poder continuar otra vez fabricando naves y acumulando ejércitos, sería locura de la peor especie. Si la guerra, en la medida que llegue a pactarse, no conduce al desarme general, triste fin nos espera.»

## La opinión de Kropotkin

Prefacio a la edición italiana de «Palabras de un Rebelde», traducido de «Le Réveil», de Ginebra, de 4 junio 1904.

Los primeros capítulos de este libro, escritos en 1879, hablan de la revolución social como de un hecho inminente. El despertar del proletariado que se produjo entonces en Francia, después del desastre de la Comuna, la extensión que tomó el movimiento obrero en los países latinos, el entusiasmo de la juventud rusa y la propagación rápida de las ideas socialistas que se hacía entonces en Alemania, (bien que los alemanes hubiesen permanecido por mucho tiempo refractarios al socialismo francés) en fin, las condiciones económicas de Europa, todo ello parecía presagiar la proximidad de una gran revolución social europea. Revolucionarios y moderados concordaban entonces en predecir que el régimen burgués, quebrantado por la revolución de 1848 y la Comuna de París, no podría resistir mucho tiempo el ataque del proletariado europeo. Antes de acabar el siglo llegaría el desastre. Los mismos que combatían nuestra táctica revolucionaria, oponiéndole el parlamentarismo, no querían quedarse atrás y calculaban, cifras de electores en la mano, que mucho antes del fin del siglo habrían conquistado la mayoría en el parlamento alemán, decretado la expropiación y cumplido la revolución social, por medio del voto, mucho antes que los pueblos latinos.

—«Y sin embargo», nos dicen ahora, unos con disgusto y otros con aire triunfante, «estamos ya en el siglo veinte y la revolución prometida se retrasa siempre!» Se podría también creer (así lo dicen por lo menos los ricos) que el triunfo de la burguesía está hoy mejor asegurado que nunca. Los trabajadores parece que han perdido la esperanza de una revolución. Se contentan enviando representantes al parlamento y esperan así obtener del Estado toda clase de favores.

Sus mismas demandas se reducen a pequeñas concesiones de parte de sus explotadores. Todo lo más, el trabajador convertido a la democracia social osa esperar que un día llegará a ser un funcionario del Estado, una especie de muy pequeño funcionario que, después de veinte y cinco o treinta años de trabajo y de sumisión, obtendrá un pequeño retiro.

En cuanto a más elevadas miras; en cuanto a la revolución que prometía remover todas las ideas y comenzar una era nueva de la civilización; en cuanto al porvenir de felicidad, de dignidad, de liberación y de igualdad que el trabajador había entrevisto un momento para sus hijos; todo eso, nos dicen hoy, es fantasía. Hasta se ha constituido una escuela de socialistas que pretenden poseer una ciencia para ellos, según la cual se demostrará que la revolución es un contrasentido.—«Disciplina, sumisión a los jefes, y todo lo que pueda hacerse por el obrero, se hará en el parlamento. Olvidad el fusil, olvidáos de 1793, 1848 y 1871,—ayudad a los burgueses a apoderarse de colonias en Africa y en Asia, explotad con ellos al

negro y al chino y se hará por vosotros todo lo que se pueda hacer... sin perjudicar demasiado a los burgueses. Una sola condición: olvidad esa palabra, esa ilusión de revolución!»

\*\*

¿No podría ser que esos señores cantasen su triunfo demasiado pronto? Desde luego, apenas hemos entrado en el siglo veinte; y si diez o veinte años son muchos en la vida del individuo, en cambio son muy pocos, no representan nada en los acontecimientos históricos. Un acontecimiento de tanta importancia como la revolución social ¿no merece que se le concedan algunos años?

No, nos engañábamos cuando, hace veinte y cinco años, veíamos venir la revolución social. Hoy día es tan inevitable como era hace un cuarto de siglo. Solamente debemos reconocer que no habíamos sondeado entonces toda la profundidad de la reacción que nos trajeron la derrota de Francia en 1870-71 y el triunfo del imperio militar alemán. No habíamos medido la duración de la detención que había de producirse en el movimiento revolucionario europeo a continuación de aquella derrota y de aquella victoria.

Si la guerra de 1870-71 hubiese trasladado sencillamente a Alemania el poder militar que tenía Francia, no hubiera tenido consecuencias para el desarrollo del movimiento socialista revolucionario. Pero la guerra había ido infinitamente más allá: paralizaba a Francia por treinta años. Con Metz a dos o tres jornadas de París—no una sencilla fortaleza, sino un campo amuchado, de donde medio millón de hombres, perfectamente equipados hasta el último atalaje de la artillería, pueden lanzarse sobre la capital veinte y cuatro horas después, o mejor antes de la declaración de guerra; con la triple y después cuádruple alianza, dispuesta a incendiar la Francia por los cuatro costados; y tal peligro no ha dejado de pesar sobre los franceses hasta estos últimos años;—con la flor de la juventud francesa diezmada, sea en el campo de batalla o sobre las calles de París; en estas condiciones ¿cómo podía la Francia evitarse el atravesar un cuarto de siglo de militarismo y someterse a Roma para evitar una guerra intestina y entusiasmarse con la alianza franco-rusa? Era inevitable, era fatal. Y cuando lanzamos hoy un vistazo atrás—los que hemos combatido día por día contra el clericalismo y el militarismo, el cesarismo y el boulangismo,—podemos confesar que admiramos una cosa y es que la Francia haya sabido atravesar tan sombrío período sin entregarse de nuevo a un César.

Si la aventura boulangista, sostenida por todo el poder de los banqueros anglo-americanos, de los clericales y de los realistas de la Europa entera, terminó a pesar de todo tan lastimosamente; si la Francia no ha venido a ser clerical, cuando Inglaterra se «catoliza» y hasta Alemania parece querer marchar por ese camino; si, en fin, vemos a Francia, en el término de aquellos años sombríos, volver, por fin, sobre sí misma, renacer a la vida y producir esta hermosa joven generación que va a ocupar el puesto que le es debido en

el movimiento de renovación del mundo civilizado,—es que en efecto la fuerza de la corriente revolucionaria ha sido mucho más poderosa de lo que parecía a los que sólo veían la superficie de los acontecimientos.

Que se lancen todos los anatemas que se quieran contra los revolucionarios ardientes, sobre todo contra los anarquistas, que supieron elevar muy alta la bandera Roja, mantener a Francia despierta y a veces eliminar de la arena política a los que hacían el juego a otros reaccionarios más francos todavía en su reacción; que se les maldiga tanto como se quiera! La historia dirá que a su energía, a la agitación que alimentaron con su sangre, debemos el haber tenido a la reacción europea enfrenada. La verdad es que el partido revolucionario, aunque débil por su número, hubo de desplegar una energía inmensa, feroz, para poner ese freno a la reacción de dentro y a la de fuera. Ciertamente, no habíamos exagerado aquella fuerza, porque sin ella ¿dónde estaríamos ahora?

El mismo pensamiento se aplica, palabra por palabra, a España y a Italia. ¿Quién de nosotros se hubiera atrevido a predecir que en España se intentaría reproducir las torturas de la Inquisición contra los obreros rebeldes? ¿Quién se hubiera atrevido a predecir los ametrallamientos de Milán? Pues bien, han osado todo eso; no pasando a mayores, porque la respuesta de la clase obrera hizo entrar bien pronto a los «rabiosos» en razón.

\*\*

Solamente ahora podemos conocer todo el retraso que se produjo en Europa en consecuencia de la guerra franco-alemana. Lo peor de las derrotas de 1870 y 1871 fué que produjeron el *eclipsamiento intelectual* de Francia.

La necesidad en que se vió la nación francesa de procurar ante todo la conservación de su vida, de su genio popular, de su influencia civilizadora, de su existencia como nación, paralizó el pensamiento revolucionario. La idea de una insurrección evocaba la de una guerra civil, que sería apaciguada por los cañones del extranjero, que vendría en auxilio del orden burgués. Por otra parte, todo lo que hubo en Francia más enérgico, más ardiente, más abnegado, toda una generación, había perecido en la gran lucha que comenzó después del cerco de París. Toda una joven generación de revolucionarios, atraídos a París bajo el imperio, había perecido en las matanzas que siguieron a la caída de la Comuna. Toda la vida intelectual de Francia se resintió de ello. Se vió rebajada, disminuida; cayendo en manos de impotentes, enfermos, timoratos.

Ese aplastamiento de la Francia significaba, no sólo el aplastamiento de una nación que había marchado a la cabeza de la civilización, sino de todo el período que había vivido Europa de 1848 a 1870. Significaba la vuelta de Europa a 1849, a 1830. Alemania victoriosa venía a tomar la dirección intelectual que hasta entonces había pertenecido a Francia y en gran parte a Italia. Pero si Alemania había dado al mundo un cierto número de pensadores, de poetas y de sabios, no tenía ningún pasado revolucionario. Y en su

desarrollo político y social estaba donde estuvo Francia bajo Luis Felipe. El gobierno representativo, introducido en Alemania en 1871, tenía para ella el atractivo de la novedad, y si tuvo en Weitling y sus continuadores, algunos comunistas ardientes, en su mayoría refugiados, el movimiento socialista en la misma Alemania acababa de ser importado y, por lo tanto, iba a pasar por las mismas fases que había atravesado en Francia: el socialismo de Estado de Luis Blanc y el colectivismo estatista, que Pecqueur y Vidal habían formulado para la república de 1848.

De este modo el espíritu de Europa descendió hasta el nivel que había ocupado antes bajo Luis Felipe. El mismo socialismo, desandando el camino, volvía a ser el Estado capitalista de Luis Blanc, perdiendo la claridad y sencillez que le había dado el espíritu latino. Tomó también el carácter centralizador, (hostil al espíritu latino) que le impuso el espíritu germánico, para el que la unión de los pequeños Estados alemanes en un solo imperio había sido el ideal durante treinta años.

Muchas otras causas podrían mencionarse todavía para explicar la fuerza de la reacción. Una de ellas es la extensión colonial. Hoy la burguesía europea se enriquece no solamente por el trabajo de los obreros de su país, sino que, aprovechando la facilidad de los transportes internacionales, tiene siervos y esclavos en todas partes: en Asia Menor, en Africa, en las Indias, en China. Los tributarios son todos los Estados atrasados. La burguesía de Inglaterra, de Francia, de Holanda y de Bélgica, vienen a ser cada vez más los usureros del universo, viviendo de cupones de renta. Estados enteros se hacen tributarios de los banqueros de Londres, de París, de New-York, de Amsterdam. Tal sucede con Grecia, Egipto, Turquía, China; y para ello se prepara al Japón, prestando al caro aliado al seis o mejor al siete por ciento, e hipotecando todas sus rentas aduaneras. De este modo, se hacen gustosamente algunas concesiones al obrero europeo: el Estado alimentará gustoso a sus hijos en la Escuela y hasta les concederá algunos francos de retiro a la edad de sesenta años cumplidos,—siempre que ayude a los burgueses a conquistar siervos y a hacer negocios sucios en la Bolsa, en Asia y en Africa.

En fin, sería necesario mencionar también el esfuerzo contra-revolucionario, que se hizo por todas las iglesias cristianas, pero sobre todo en Roma, a fin de contener por todos los medios la revolución cuya ola se veía subir. El asalto contra el materialismo, la campaña que se llevó con tanta destreza contra la ciencia en general, la condenación de libros y de hombres, que se practica asiduamente por infinidad de ligas mundiales, políticas y religiosas,—todo ello debería ser mencionado para dar una idea de la inmensa organización contra-revolucionaria que se organizó para combatir la revolución. Pero todo es secundario en presencia del hecho dominante que acabamos de indicar: el aplastamiento de la Francia, su agotamiento temporal, y la dominación intelectual de Alemania que, a pesar de todas las cualidades ad-

BIBLIOTECA  
PÚBLICA MAO

## OBRA NUEVA

Dr. JULIO CARRET

## Demostración de la inexistencia de Dios

TRADUCCIÓN DE J. PRAT

Acaba de publicarse esta obra, tercer volumen de la Biblioteca de Divulgación, impresa esmeradamente en buen papel.

Véndese al precio de una peseta.

Los pedidos han de ir acompañados de su importe a las siguientes direcciones.  
 En MAHÓN (Islas Baleares).—Administración de EL PORVENIR DEL OBRERO, Tipografía Mahonesa, calle Nueva.  
 Depósito en BARCELONA:—«Librería de Luis Millá», calle de San Pablo, n.º 21.  
 El franqueo para cualquier punto de España corre de cuenta de los editores; pero si se desea recibir el paquete certificado, hay que añadir 25 céntimos.  
 Tomando de 3 ejemplares en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

mirables de su genio y de su pueblo, se encontraba, por la fuerza misma de su situación geográfica y de todo su pasado, treinta o cuarenta años atrasada con respecto de Francia.

De esta manera se retrasó la revolución. Pero ¿esta es una razón para decir que se haya diferido indefinidamente?—Nada sería más contrario a la verdad, nada sería más absurdo que semejante afirmación.

Una cosa chocante se ha producido en el desarrollo del movimiento socialista. Como se decía un tiempo de las enfermedades inflamatorias, se ha metido dentro. Se le han aplicado tantos remedios externos para matarle que se ha metido dentro del organismo; allí se halla en estado latente. El trabajador vota; sigue las banderas en las procesiones políticas; pero su pensamiento está en otra parte.—«Todo esto no es lo que parece» se dice. «Es lo exterior, el decorado, solamente». En cuanto a lo interior, a la *substancia*, el obrero calla y espera. Entretanto, constituye sus asociaciones de oficio, internacionales, por encima de las fronteras.—«Desconfiad de estas asociaciones» decían no hace mucho los miembros de una Comisión nombrada por uno de los Estados canadienses. «Desconfiad; lo que sueñan los trabajadores con estas asociaciones federadas, es apoderarse un día de un Estado americano, de un territorio, proclamar allí la revolución y expropiar, sin ninguna compensación, todo lo que considerarán necesario para vivir y trabajar».

—«Sí, sin duda, ellos votan y os obedecen» dicen los burgueses alemanes a los directores del partido social-democrático; «pero no os fiéis demasiado! El día de la revolución os derribarán a vosotros, si no os hacéis más revolucionarios que ahora. En cuanto llegue la menor revolución, será siempre el partido más avanzado que tomará la dirección y os obligará a marchar. Vosotros sois conductores y seréis conducidos!»

En todas partes los mismos signos de los tiempos se ofrecen a nuestra atención. El trabajador vota y acude a las manifestaciones, a falta de cosa mejor; pero en el universo entero un movimiento distinto, mucho más serio, se prepara y madura sin ruido. Blanqui dijo que había en París cincuenta mil hombres, trabajadores, que no asistían jamás a una reunión, que no pertenecían a ninguna sociedad, pero que, llegado el momento, bajaban a la calle, combatían y hacían la revolución. La misma cosa parece producirse hoy entre los trabajadores del mundo entero.

Ellos tienen su idea, una idea propia, y para que tome cuerpo esta idea trabajan con ardor. Ni siquiera hablan de ello; se comprenden sin palabras. Saben que, de una manera o de otra, será preciso un día coger el fusil y librar la batalla a los burgueses. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿En consecuencia de cuál suceso? ¿Quién sabe! Pero este día llegará. No está lejos. Después de algunos años de esfuerzos, la idea de la Huelga General habrá dado la vuelta al mundo, habrá penetrado por todas partes y encontrado en todos los países adherentes y entusiasmos... Y entonces?

Entonces, con motivo de un acontecimiento cualquiera, ya se verá. *Ca*

*ira!*—Ello marchará y se bailará y se hará bailar para inaugurar un nuevo mundo. Nuestros enemigos creían tener muy enterrados todos estos sueños. Nuestros mismos amigos preguntaban sí, en efecto, el entierro no era definitivo... Y de pronto la idea, siempre la misma, la que hace latir nuestros corazones desde hace treinta años, resucita, tan viva, tan joven, tan bella como siempre. La expropiación como fin y la Huelga General como medio de paralizar el mundo burgués en todos los países al mismo tiempo.

Entonces ¿es la revolución social, surgiendo del aliento mismo del pueblo, de los «bajos fondos» donde siempre han germinado todas las grandes ideas, cuando ha sido necesaria una idea nueva para regenerar el mundo?

Sí, es la revolución social. Preparáos para hacerla triunfar, para que dé sus frutos, para que siembre todas esas grandes ideas que nos hacen latir el corazón y que hacen marchar el mundo.

Pedro Kropotkin.

Mayo, 1904.

## DENTRO EL IDEAL

La Redacción, ocupándose de un trabajo mio inserto en «Tierra y Libertad», que en el fondo es el mismo enviado a este semanario sobre el asunto, el enviado a «Cultura Libertaria» y en parte el que envío a «La Voz del Campesino», dice que no pierde la esperanza de que nos pondremos de acuerdo. Probablemente en muchas cosas estaremos de acuerdo, pero la actitud que adopta esta hoja será bien difícil de allanar las diferencias que nos separan.

Seremos de acuerdo en el sentimiento de odiar la matanza, pero no lo estamos, no lo podemos estar en el papel que en ella deben desempeñar los anarquistas.

Somos de acuerdo en nuestro deseo de que triunfen los aliados, sólo que, como se afirma que de este triunfo ganarán mucho la causa de la Libertad, del Progreso y de la Emancipación del oprimido, yo no me atrevo a afirmarlo.

Más bien deseo la derrota de Alemania porque, aunque realmente ha estado forzada a recurrir a la guerra, por encima de todo está el hecho real de ser su aliada, que ni una ni otra podían dudar de las complicaciones venideras, las que alumbraron el fuego. Mi anhelo es que pierda el que empieza; por esto quería cuando la guerra balcánica que ganase Turquía y ahora quiero que pierda con sus aliadas.

Acaso esto no esté de acuerdo con la lógica dominante, tal vez con las ideas, pero es mi personal sentimiento.

Yo no soy fanático en nada; me puedo equivocar, me he equivocado y me equivocaré muchas veces, pero no por preconcebidos prejuicios, sino por deficiencias de mi intelecto. Y cuando leo lo que la Redacción escribe para defender la participación, la colaboración anarquista, deduzco una candida sinceridad, pero el fanatismo se ve de lejos.

Así se deduce todo contra Alemania y en favor de los aliados.

Por esto, mientras Kropotkin afirma que las tres cuartas partes del manifiesto las ha predicado él toda la vida; mientras Faure reconoce su esencia anarquista, mientras Esteve siente no haberle conocido a tiempo para agregar su firma; mientras la prensa anarquista mundial, sin excepción, le ha aceptado y las Federaciones y grupos anarquistas españoles también, EL PORVENIR DEL OBRERO, sólo él, como anarquista no lo encuentra bien. ¿Pero por qué no está bien? Esto no lo dice apesar de emplear más de una columna para hacer constar su desacuerdo.

Ni un párrafo, ni un concepto, ni una palabra rectifica. Dice no convencerle ni el criterio ni la táctica aconsejada ni sus razones. ¿pero por qué? No lo sabemos.

Dice que es traicionar la libertad cultivar la rebeldía y sembrar el desaliento en el pueblo y el ejército francés.

¿Pero es que el manifiesto habla de la rebeldía en el ejército francés?

Es internacional y habla de la rebeldía sin preocuparle un pueblo más que otro.

Y porque se refiere lo mismo al pueblo francés que al alemán se ha editado en francés y alemán y la Redacción tiene la prueba que yo mismo le he enviado. Y porque no se descuide de sembrar la rebeldía en el pueblo alemán, se ayuda a «Le Réveil», para que publique una sección en alemán, ya que está bien situado para hacerlo con más eficacia que otros.

Pretender que se siembra la rebeldía y el desaliento en el pueblo y ejército francés, es ilógico e impropio de la seriedad que este periódico demostró siempre, porque con ello no sólo se falta a la verdad—cosa que sólo obliga un ciego fanatismo, una irreflexiva preconcepción—sino que es ilógico.

Se supone que el pueblo francés es el más identificado con el periódico—por lo cual se le defiende—, y se reconoce que es el propenso de seguir los consejos del manifiesto, lo que es caer en error.

Porque o no existe la identificación o al pueblo francés no le puede hacer más impresión que la hecha a la redacción.

¿Por qué ser antimilitaristas en Alemania y no en Francia y en todos los países? En estas columnas lo tengo dicho; no soy antimilitarista francés, ni alemán, ni inglés, ni español; soy antimilitarista simplemente. No me explico por qué el odio al ejército alemán que sí en la guerra actual

ha puesto la raya en las atrocidades, en su historia no alcanza al francés.

Si por su organización es superior al francés no lo es ni por su número ni por su consumo.

Francia gastaba en 1912 en ejército y marina 1.317.634.550 francos y Alemania 1.565.705.700 esto es, 248.101.150 francos más que Francia; pero como Alemania contaba 68 millones de habitantes y Francia cuarenta, para gastar igual que Francia, en relación de los habitantes, la correspondieran 2.239.978.735 francos.

Igual resultará respecto al número de soldados.

Aun se explicaría la defensa de Francia si fuese sola y realmente su República fuese una República algo digna de este nombre. Pero sabemos por experiencia que la etiqueta política no es nada. Francia es más reaccionaria que Inglaterra monárquica y acaso que España.

Pero los aliados no son Francia e Inglaterra; está Rusia que no pierde un ápice de su tradición reaccionaria como lo prueba el envío a la Siberia de Bourtzeff y de varios diputados socialistas.

Yo he leído en estas columnas, no recuerdo si de redacción o de colaborador, decir que sería bueno, que llamándonos antimilitaristas dejásemos triunfar el militarismo alemán.

Lo extraño sería que siendo antimilitaristas cogiéramos el fusil y vistiéramos el uniforme militar para defender un militarismo de otro, que al fin no es ni mejor ni más digno.

Como anarquistas somos hombres de paz, enemigos de la violencia y no debemos recurrir a la fuerza sino en defensa.

Pero en esta guerra quiénes son los que atacan y quiénes los que se defienden?

La redacción me dirá: atacan los alemanes, se defienden los franceses.

No me convence, reclamo pruebas y estas no se darán satisfactorias porque no existen.

Tan culpable de la catástrofe es Francia como Alemania y Kropotkin lo afirma cuando en su carta sostiene que la actual guerra es consecuencia de la de 1870-71; que Liebtnecht y Bebel la habían previsto al protestar de la anexión de la Alsacia y parte de la Lorena.

Luego no es la Alemania que preparaba la guerra para poseer lo que ya poseía, sino la Francia para recuperar lo perdido. Y esto lo prueba su alianza con Rusia e Inglaterra, sus trabajos para separar de la Triple Alianza a Italia, y para atraerse a España.

Combatamos la guerra sin ocuparnos de los más culpables porque esto nos estravió. Los culpables son todos, incluso nosotros; pero la causa principal es la organización actual y a destruirla, no a reconstituirla, como haríamos tomando parte en la contienda, es lo que debemos caminar.

No podemos ser neutrales viendo impasibles como se despedazan los nuestros; pero menos guerreros, tomando parte en la matanza porque tan estúpido ha sido el obrero alemán como el francés y tanta compasión debe inspirarnos uno como otro. Hemos dicho siempre que no tenemos más fronteras que las que separan a los obreros de los burgueses; ¿por qué levantar otras ahora? mejor dicho; ¿por qué reedificar las que habíamos destruido?

Hablamos de tiranía militar y gubernamental alemanas y de libertades y virtudes francesas. Pero ninguno conocemos Alemania y los que conocemos Francia, podemos afirmar que no existen esas libertades y esas virtudes; luego lógicamente podemos dudar de las afirmaciones de sus predicadores y suponer que la tiranía alemana es parecida a la libertad francesa.

Desde luego, muchos enemigos de Alemania que la conocen afirman que el obrero alemán no vive peor que el francés e inglés. Y esto es lo principal; que la vida

sea más llevadera. Y a lo que se vé es menos pesada la tiranía alemana que la libertad francesa. Para el obrero al menos, y yo soy obrero. Como los elogiadores de Francia puedo afirmar que mienten, temo ocurra lo propio con los denigradores de Alemania.

V. García.

El amigo García hubiera podido excusar el trabajo de escribir este artículo, que viene a decir lo mismo que el publicado en el número anterior; así como nosotros podríamos prescindir de esta respuesta, que será otra variación sobre el mismo tema.

Pero, tal vez, a fuerza de hablar llegáremos a entendernos, o por lo menos a saber por qué no nos entendemos; y en ambos casos no se habrá perdido el tiempo.

Del manifiesto de los anarquistas de Londres dijimos lo que teníamos que decir. ¿Para qué quiere García que digamos más? Ninguna obligación tenemos de refutarle. Bastante hicimos con publicarlo en la cabecera del periódico, añadiendo los motivos que nos privaron de adherirnos, como hubiera sido nuestro gusto.

Estos motivos no convencieron al compañero García, igual que a nosotros no nos convencieron las razones del manifiesto.

Si se pudiese hacer en Alemania y Austria la propaganda contra la guerra con la misma libertad y probabilidades de éxito que en Inglaterra y Francia, serían muy interesantes esos impresos en lengua alemana que han hecho en Londres; pero, por desgracia, no es así. Ni es fácil introducir esas propagandas en Alemania, ni producirían allí ningún efecto. En cambio, pueden producirlo desastroso en Francia, como se demostró con las declaraciones de Sebastián Faure.

Estas mismas razones que le parecen malas aplicadas al manifiesto de Londres, las ha expuesto García tratando del Congreso del Ferrol.

«Porque una huelga general», decía en estas mismas columnas, «si a ella pudiera llegarse, de no ser general en las naciones en lucha serviría sólo para dar el triunfo a la que no secundase, a la traidora, y nosotros seríamos los auxiliares de los más enemigos, de los que no secundasen nuestros acuerdos, de los traidores.»

No hemos copiado sus palabras por gusto de echarle en cara su contradicción, sino para defendernos de sus cargos injustos.

Tampoco tenía necesidad de insistir discutiendo cuales han sido las naciones agresoras y las agredidas. Nosotros hemos hablado muy poco de esto, porque no le damos gran importancia. Lo que verdaderamente nos interesa no son las causas, sino las consecuencias de la guerra.

Para prevenir tales consecuencias hace falta un conocimiento profundo del modo de ser de las naciones en lucha, de sus pueblos y de sus gobernantes.

Nosotros concedemos gustosamente al compañero García la *pequeña autoridad* sobre asuntos internacionales que indicaba el otro día, y aun mayor si le parece; pero que no desconozca, en cambio, no diremos la autoridad, sino la competencia de Pedro Kropotkin, y lea con atención el escrito que

publicamos en otro lugar, aunque le cause pena, como a nosotros mismos, el ver tantas ilusiones desvanecidas.

Kropotkin se engañaba al creer que los efectos funestísimos de la victoria germánica de 1870-71 habían desaparecido o se habían amortiguado en 1904. Once años han transcurrido y estamos peor, mucho peor que estábamos, porque hemos perdido las esperanzas racionales.

La constante amenaza del imperialismo germánico ha ejercido una influencia perniciosa sobre toda Europa, mejor dicho sobre todo el mundo. Kropotkin lo explica con admirable clarividencia.

Si ahora volvieran a triunfar los imperialistas, las consecuencias serían mucho peores. No solamente en Europa, también los pueblos americanos tendrían que armarse hasta los dientes y construir escuadras formidables, si querían conservar su independencia política y económica, como naciones, y su dignidad como hombres.

Tampoco nosotros queremos distinguir entre el militarismo alemán y el francés. Combatimos el militarismo, sin adjetivarlo; pero la raíz, la esencia, el fundamento del militarismo se hallan en Alemania, mejor dicho, en la hegemonía de Prusia.

El triunfo del imperio alemán sería el triunfo del militarismo, del poder absoluto de los reyes, de la autoridad de derecho divino. «Mi corona no procede de una Constitución ni de un Parlamento», decía Guillermo II; «mi corona viene de otra parte». ¿No comprende el compañero García la significación de estas palabras?

Para conocer el carácter de las naciones no basta haber vivido en ellas y saber andar solo por las calles de sus principales ciudades. Sin salir de su país, un hombre inteligente y estudioso podría conocer la historia y la literatura y el movimiento científico y el social de Francia y Alemania mucho mejor que la inmensa mayoría de los señoritos turistas que viajan buscando los lugares y las ocasiones de mayor lucimiento del lujo y del vicio.

Si García conociese a fondo la historia y las instituciones alemanas, no las compararía con las francesas. Francia es la patria de la libertad, más que Inglaterra, por más que el compañero, fijándose sólo en hechos insignificantes, crea lo contrario.

Inglaterra hizo antes su revolución, pero la hizo para sí sola; mientras que en la revolución francesa se proclamaron, no los derechos de los franceses, sino los Derechos del Hombre. ¿Se hace cargo el compañero García de lo que esto significa y de la influencia que ha tenido en la historia de todos los pueblos?

Ya sabemos que en Francia se cometen injusticias; pero se lucha contra ellas, los periódicos promueven escándalos, la opinión se agita y alguna vez, como en la cuestión Dreyfus, la reacción es vencida. En España no sucede nunca nada de esto: aquí la injusticia es diaria, constante, contando siempre con la impunidad y sin que nadie proteste. Ni una voz se levantó en España cuando el fusilamiento de Ferrer. Por lo visto, García ya no se acuerda de ello; y como ha sufrido algunas moles-

tias en Francia, cree que hay más libertad en este país monárquico e inquisitorial.

Ya le dijimos que si viviese aquí y viese como los clericales y absolutistas se preparan a celebrar y aprovechar el triunfo de Alemania, que tienen por seguro, no se prestaría a hacerles el juego.

## ASUNTOS VARIOS

Con motivo de la guerra, los socialistas han decidido no celebrar este año con festejos ni manifestaciones la fecha del Primero de Mayo.

\*\*

Don Alfonso de Borbón y Austria Este, hermano del pretendiente a la corona de España que llamaban Carlos VII, ha publicado un manifiesto excitando a los carlistas para que favorezcan por todos los medios el triunfo de los imperios alemán y austriaco.

Ese don Alfonso es el marido de la doña Blanca que se hizo célebre en el saqueo de Cuenca, cuyos horrores han sido imitados ahora por los alemanes en las poblaciones belgas.

El manifiesto contiene razones muy convincentes para demostrar que los clericales y absolutistas deben ser partidarios decididos de Austria y Alemania; y si no fuese tan extenso, insertaríamos el documento, a ver si se abrían los ojos de los revolucionarios que de buena fé sirven al Kaiser con más eficacia que ese don Alfonso, hermano de don Carlos y marido de doña Blanca, la del saqueo de Cuenca.

\*\*

Hemos leído en la prensa burguesa que se acusa a los organizadores del Congreso del Ferrol de estar vendidos a los alemanes.

Protestamos contra esa calumnia, que ningún antecedente ni indicio verosímil puede justificar.

En el Ferrol se reunirán delegados de distintas naciones, inspirados en la solidaridad obrera internacional, con propósito de trabajar sinceramente por la paz, que es una noble aspiración de todos los hombres honrados.

Porque creemos en la sinceridad y buena fé de los organizadores del Congreso, nos hemos adherido al mismo y hemos nombrado para que nos represente a Federico Urales, que no es sospechoso de germanófilo, ni se dejaría arrastrar por habilidades ni apasionamientos indiscretos.

\*\*

Se ha resuelto favorablemente la huelga de los zapateros de Alaró (Mallorca).

## EL PORVENIR DEL OBRERO

EL PATRIMONIO UNIVERSAL (*Confidencia sociológica*), por Anselmo Lorenzo.

LA ANARQUÍA, por Eliseo Reclus.

LA MUJER, *consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt.

Estos folletos se venden al precio de 15 céntimos ejemplar.

A los correspondientes se les hace el 33 por 100 de rebaja.

Los pedidos han de venir acompañados de su importe.

## Biblioteca de Divulgación

### OBRAS PUBLICADAS

DINAMITA CEREBRAL. *Los cuentos anarquistas más famosos.*—Colección de hermosas páginas de la literatura revolucionaria mundial, de firmas tan conocidas como las de Máximo Gorki, Anatollo France, Azorín, Domela Nieuwenhuis, Bernardo Lazare, Anselmo Lorenzo, Ramiro de Maeztu, Carlos Malito, Octavio Mirbeau, Francisco Pi y Margall, Magdalena Verne, Emilio Zola, etc.

HACIA LA EMANCIPACIÓN. *Táctica de avance obrero en la lucha por el ideal*, por Anselmo Lorenzo.—Demostración de que el Proletariado va libremente mancomunado hacia su emancipación y a la regeneración social practicando el Sindicalismo, Boicote, Label, Sabotage, Huelga General, Enseñanza racionalista.

DEMOSTRACIÓN DE LA INEXISTENCIA DE DIOS, original del doctor Julio Carret, traducida del francés por José Prat.

Estos volúmenes se venden al precio de una peseta en la Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón (Baleares) y en las principales librerías y puestos de venta de libros y periódicos.

Tomando de 3 volúmenes en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe.

## BIBLIOTECA DE El Porvenir del Obrero

### CONDICIONES:

Suscripción: Un trimestre. Ptas. 1'00  
Número suelto . . . . . » 0'05  
Paquete de 30 ejemplares. » 0'90

Para el extranjero se carga el precio del franqueo.

## Libros escogidos

que pueden adquirirse en la "Tipografía Mahonesa".

	Pesetas
La Revolución Francesa, por el Dr. Gustavo Le Bon . . . . .	3'50
El Evangelio y la Iglesia, por Alfredo Loisy . . . . .	3'50
El Proletariado Militante, por Anselmo Lorenzo . . . . .	3'00
Cómo haremos la revolución, por E. Pataud y E. Pouget, prefacio de Pedro Kropotkin (2 tomos) . . . . .	2'00

En todas estas obras no se puede hacer ningún descuento y se advierte que no se servirán los pedidos que no vengan acompañados de su importe.

## Correspondencia

Vigo.—N. G.—Enviamos 6 ejemplares *Demonstración de la inexistencia de Dios* que valen 4'45 pesetas con el certificado y que con el envío anterior asciende a un total de 8'90 pesetas.

Hostalets.—B. P. P.—Aumentamos el paquete desde el número anterior.

Barcelona.—I. O.—Damos por recibidas 8 pesetas de las que anotamos 2 a la cuenta anterior con lo cual queda saldada y dejamos 6 para la cuenta actual. Aumentamos el paquete. Los ejemplares te los contamos no por suscripciones sino a 3 céntimos cada uno.

Bilbao.—J. P.—Enviamos 12 *Demonstración* que valen 8'40 con el certificado. No podemos mandar antes el paquete.

Casas Viejas.—J. O. G.—Mandamos el *Diccionario Filosófico de Voltaire* (6 tomos) que vale 6'25 pesetas con el certificado.

Santa Catalina (Palma).—S. F.—Conformes con tus cuentas; servimos suscripción y enviamos 1 *Demonstración* y 1 *Hacia la Emancipación*, que valen 2'25 pesetas con el certificado.

Valencia.—M. A.—Damos por recibidas 1'50 pesetas. Enviamos 1 *Demonstración* certificado.